Novela Brit Bennet llega al castellano y catalán tras un millón de ejemplares en EE.UU.

Danza con trolebús explosivo

ANTONIO LOZANO

Encontrar el modo en que una novela sea profundamente política, que la denuncia social fruto de la indignación corra por sus páginas como la lava por las laderas de un volcán y que, además, nos incline a la reflexión y no nos la imponga con el mazo del juez, sin que por todo ello pierda su condición original de vehículo para narrar una historia que nos transporte en volandas, no es fácil. Incurrir en un manifiesto donde habría de haber un relato o arruinar una ficción al confundirla con un grito de rabia son peligros que la afroamericana Brit Bennet (Oceanside, California, 1990) sortea una y otra vez porque todo lo pasa por el filtro de la gran literatura.

Y es que el jardín en el que se metió con su segunda novela, *La mitad evanescente* –más de un millón de ejemplares vendidos en Estados Unidos, nominada al National Book Award 2020 y al Médicis Étranger, en vías de mutar en una miniserie de la cadena HBO– estaba infestado de plantas carnívoras y manzanas edénicas. ¿Cómo embutir en una sola novela el racismo estructural de su país natal, las luchas del colectivo LGTBIQ o el maltrato a las mujeres sin quemar todos los puentes con el puro goce narrativo? ¿Y cómo facturar un canto a la aceptación individual, al respeto al diferente y al derecho a tomar las riendas de nuestras vidas sin que la melaza se derrame por cada capítulo?

La autora muestra una marcada voluntad de estilo y una extraordinaria composición de personajes

La mitad evanescente arranca en 1968 con el regreso a Mallard, un pueblo de Luisiana obsesionado con el aclaramiento del tono de la piel, de Desiree Vignes, catorce años después de fugarse con su gemela Stella a Nueva Orleans, en busca de una vida mejor. Los caminos de las hermanas no tardaron en bifurcarse y llevan mucho tiempo sin saber la una de la otra. En el trasfondo de la separación laten actitudes opuestas respecto a su raza y sus orígenes. Stella ha querido romper tan violentamente con su identidad y su pasado que se ha hecho pasar por una mujer blanca para casarse y medrar dentro de unos círculos sociales acomodados. Pero la función no les pertenece solo a ellas sino que la comparten en igual medida con sus hijas, Jude y Kennedy, dos jóvenes que a sus esfuerzos por encontrar estabilidad en el ámbito afectivo –en especial la primera, novia de un transexual– y en el laboral se les suma su condición de víctimas de los asuntos no resueltos y los secretos familiares de sus madres. Un encuentro fortuito desencadenará una catarsis en ambas generaciones.

Bennet consigue ya no descarrilar sino hacer danzar un trolebús cargado de nitroglicerina –en forma de ánimo denunciativo, de compromiso, etcétera– porque en ningún momento aparta la vista de la carretera, si por esta entendemos una sucesión de peripecias y dilemas expuestos con ritmo a través de varios saltos temporales y sin renunciar a una marcada voluntad de estilo pero, por encima de todo, a una extraordinaria composición de personajes. Seguramente consciente de que la radiación que emitían temas tan graves de fondo podía fulminar el alma novelesca de la obra, la autora lima las múltiples caras de sus criaturas en su búsqueda o fuga de la pregunta de quiénes son con el mimo y el perfeccionismo de un luthier. |

Brit Bennett
La mitad evanescente/La meitat evanescent
LITERATURA RANDOM HOUSE/PERISCOPI. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: CARLOS MILLA SOLER/ AL CATALÁN: MARC RUBIÓ.
368/408 PÁGINAS. 19,90 EUROS

La escritora estadounidense Brit Bennett habla de racismo, de LBTBIQ y del maltrato a las mujeres ACN

Novela

Antes del adiós

JUAN ÁNGEL JURISTO

Segunda novela de su autor, *Los ingratos*, que ha sido galardonada con el premio Primavera, se centra en ese momento de la fijación en la memoria de un pueblo que con el desarrollismo habido en el país posterior a 1975, año en que transcurre la narración, año de la muerte de Franco, que acabará formando parte de lo que ahora se llama la España vacía. Habida cuenta de que Pedro Simón (Madrid, 1971) tenía cuatro años en el tiempo en que se centra la narración y que el narrador de la historia es un niño, el lector puede llegar a la conclusión de que la cosa es autobiográfica, algo muy alejado de la realidad, como debe ser en toda obra de ficción, aunque creo que esa educación sentimental habida en la infancia es la de su generación: así, la *Penélope* de Joan Manuel Serrat que sonaba a menudo en las radios y la merienda de pan con chocolate, vale decir, la educación por el oído y el gusto de muchos de los nacidos cinco años atrás. Esas cosas conforman una vida, como nos hizo ver Proust.

Simón, periodista de estupendo recorrido, publicó en 2016 *Peligro de derrumbe*, una novela radicalmente distinta de esta, una narración que tenía mucho de alucinación, donde un director de recursos humanos se entrega a su pasión entomológica, muy próxima al sadismo, mientras nueve personas en busca de empleo, y que lo menos que puede decirse de ellas es que están a punto de sucumbir, dependen de sus informes para rehacer sus vidas.

En *Los ingratos*, por el contrario, la experiencia desquiciante del mundo urbano en el capitalismo desarrollado habido en esta novela se trueca en nostalgia de un mundo que en realidad no era tal pero al que se recurre como la Arcadia presente en toda mirada infantil.

Al contrario que a principios del siglo XX , donde lo rural era tema propicio para una reivindicación de la ciudad, ahora parece ser tema literario para el refugio del urbano desarraigado, aun sea en el recuerdo de David, ese niño que en compañía de su madre y sus dos hermanas aprende de Emérita, una mujer del pueblo que enviudó cuando su marido se ahogó en un pozo y que representa para ese niño la persona capaz de abrirle al mundo, incluido el modo en que se hace la liebre con arroz. Una hermosa novela. |

Pedro Simón
Los ingratos
ESPASA. 288 PÁGINAS. 19,90 EUROS

El escritor Pedro Simón ESPASA

Novela Premio de Literatura Unión Europea 2019

Infancia sin madre

PALOMA CRUZ SOTOMAYOR

¿Se puede odiar una lengua? Pienso en Bolaño cuando dijo que el odio sostenido era el verdadero odio, e imagino que no. Luego, se cruza por la mente el catalán en la dictadura franquista, el mapudungún en la colonización de América y toda la resina que aún queda por haber borrado una cultura por su cimiento.

Con el moldavo en Moldavia ocurrió una historia parecida, pero sobre todo algo completamente distinto. Tan distinto que la moldava-rumana Tatiana Tîbuleac (Chisinau, 1978) asegura que es "una lengua inventada", que la odia, que su padre llegó a quemar libros. "Cómo puedes odiar una lengua en la que te sabes todos los cuentos" se pregunta en la nota a la edición en español del recientemente premiado *El jardín de vidrio*.

Un comienzo violento para una novela violenta que es, como ella dice, un mapa para entender ese sentimiento, o para comprender las posibles relaciones entre identidad, maternidad y lengua.

El lenguaje es el protagonista. También una niña huérfana, Lastochka, adoptada por una mujer ambiciosa y desapacible con la que entrama una relación complejísima. No sabemos si ha sido salvada del orfanato o comprada para ser una esclava. Y Tîbuleac logra narrarlo en una novela *bildungsroman* en clave epistolar enteramente fragmentada, con gestos dickensianos y destellos humor en medio de escenas desgarradoras.

La escritora Tatiana Tîbuleac ARCHIVO

Su prosa es sutil. Se acerca a lo que quiere decir cautelosamente y apenas lo toca. Los silencios también dicen algo y en ello Tîbuleac sabe a su lector inteligente y agudo. "Una letra equivocada te arroja de un mundo a otro" escribe, y entonces se adentra en una narrativa en absoluto concisa pero sí precisa que se las ingenia para ser corta –cada capítulo dura una página– y decir demasiado.

"La ausencia es la forma más alta de presencia" escribió Joyce. Así se retrata la violencia que sufre Lastochka como niña en tanto que infancia, huérfana y mujer. Sin madre y sin lengua. Sin lengua madre. Es que *El jardín de vidrio* hila fino en lo que separa la maternidad de la identidad (hay alta presencia de Freud) y cómo se cruza la cultura en todo aquel entramado. También los grandes tabúes los relata con maestría: el aborto, la menstruación, la violación y la maternidad, la deseada y la no deseada, la deseada que no fue y la que fue pero no como se deseó en un principio.

Una historia sobre la distorsión de la infancia y sobre estar en medio de esas maternidades y lenguas. El moldavo es el lenguaje del orfanato (una metáfora de la no-lengua), el ruso, el de su vida de esclava (de la ocupación soviética) y el rumano, un entremedio que pareciera querer partir de cero. "Podría haber sido todavía peor", se repite en el libro una y otra vez , como dando visos de optimismo a un mundo gris. Al final, la novela no odia una lengua como anuncia su nota. En cambio, desvela lo que significó crecer bajo esa confusión identitaria para poder entender los caminos que ello teje. Como un mapa. |

Tatiana Tîbuleac
El jardín de vidrio / El jardín de vidre
IMPEDIMENTA/ LES HORES. TRADUCCIÓN AL CASTELLANO: MARIAN OCHOA/ AL CATALÁN: ANTÒNIA ESCANDELL.
359/328 PÁGINAS. 22,80 EUROS / 19,90 EUROS